

EN LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

SERMON 3º

(NOTA: A.ROBLES SIERRA-V.T.GÓMEZ GARCÍA, *Sermones inéditos de san Luis Bertrán en torno a la Virgen*, en *Escritos del Vedat*, II, 1972, pp.441-449)

«*Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*» Mateo 1,1

1.- El texto de este evangelio expone la genealogía de Jesucristo, nuestro Señor, repartida en tres tesaradécadas, o tres veces catorce generaciones. La primera comienza en Abraham y termina en Jesé, y es de Patriarcas. La segunda comienza en David y termina en el destierro de Babilonia, y es de Reyes. Y la última comienza en Salatiel y termina en Jesucristo, nuestro Señor, Hijo de la purísima Virgen María, y fue de Sacerdotes y Capitanes. Este evangelio es el mismo que tratamos el día de la Natividad de Nuestra Señora. Pero entonces hablamos de las mudanzas y cambios de este mundo y de la vanidad de los linajes, que comienzan en reyes y príncipes, como Abraham y David, y terminan en oficiales y carpinteros, como Jacob y José. Ahora, una vez que Dios se ha emparentado con nuestra naturaleza para que nosotros nos emparentásemos con la suya, menospreciamos tan alto beneficio. Mas, para tratar de todo esto, imploramos la gracia del cielo suplicando a la gloriosa Virgen que nos la obtenga, diciéndole: *Ave Maria*.

2.- *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*. Antes de que comente la letra del santo evangelio, diré una palabra acerca de la solemnísimas fiesta que hoy celebra nuestra madre, la Santa Iglesia, acerca de la limpia concepción de la Virgen sacratísima. No es cosa justa que desee el hombre escudriñar demasíadamente los secretos de Dios. El Sabio nos aconseja que las cosas más altas que nosotros no las buquemos: *No te metas en inquirir lo que sobrepasa tu capacidad, ni en escudriñar aquellas cosas que exceden tus fuerzas* (Eclí 3,22). Y en otro lugar nos avisa que el que se pone a escudriñar la magnificencia de Dios, será cegado por su gloria, como suelen quedar deslumbrados y encandilados los ojos del que mira al sol. Entre los muchos secretos que Dios tiene escondidos hasta ahora, uno es el de la manera con que fue concebida su Madre santa. De entenderlo, o dejarlo de entender, sacaremos muy poca erudición para nuestras costumbres. Quédese para cuando la Iglesia le pareciere necesario declararlo e interponer su sentencia en este negocio. De momento basta, para la honra consumadísima de la Madre de Dios, el ser Madre de Dios. Poco es cuanto decirse puede acerca de este título, y nada de lo que el mundo, ni aun el cielo, ni siquiera el mismo Dios, fuera de sí y de su gracia decir pueden, sobrepuja ni iguala a la grandeza de este título glorioso. Piadosa cosa es creer que Dios, puesto que lo pudo muy bien hacer al margen de la ley común, eligiera la ley particular, que es un privilegio, y dispensara a su Madre sacratísima de la ley general, preservándola en su limpia concepción del pecado original. A decir verdad, si ni siquiera hombre hubo tan descomedido, entre los católicos, que admitiese pecado venial en esta purísima Virgen, Madre de Dios, muy más justa cosa es, me parece, que no conociera el pecado original, porque aunque creo que el original es pecado, no de la persona como el venial, sino de la naturaleza, también creo que el venial se compadece con la gracia y la caridad, y en cambio el original nos constituye en hijos de Satanás, del demonio y condenados a la cárcel perpetua del infierno.

3.- Ahora tratemos acerca de cómo podamos ser engendrados en Dios, por pura gracia, procediendo de gente engendrada en pecado. Esto es lo que nos enseña el santo evangelista san Mateo a la entrada misma de su evangelio al relatar la generación de Jesús: *Libro de la genealogía de Jesucristo...* Libro, en las divinas letras, se toma, unas veces, por catálogo; otras veces, en cambio, designa el título o la escritura de alguna hacienda o heredad que uno posee. En el primer sentido se usa en el Génesis, cap. 5, cuando se ofrece el catálogo de los descendientes de Adán. En el segundo sentido lo usa Jeremías, cap. 25, cuando habla de la heredad que perderán los hijos de Israel por no haber escuchado a Dios. En nuestro caso, *libro de la genealogía de Jesucristo*, significa ambas cosas: el catálogo o minuta de los progenitores de Jesucristo según la carne, y el título y la escritura pública, esto es, el evangelio de la heredad del cielo, que el cristiano ha de conseguir por su fe y sus buenas obras. Pero, ¿es posible que el nacido en pecado, y criado en pecado y con pecado, es decir, los pecadores, puedan conseguir una heredad tan soberana?... Sí. Pero, ¿qué título poseen que los haga acreedores de ella?... El *libro de la genealogía de Jesucristo*. El haberse Dios hecho hombre por ti, el haber padecido por ti y el haber merecido por ti para dar valor y merecimiento a tus propios merecimientos, es la escritura pública y el glorioso título de lo que te promete la fe.

4.- Cristiano que me escuchas, si padeces necesidad, ¿por qué te fatigas?... ¿No ves las sobras grandes que recibirás, tras una tan momentánea necesidad, si la padeces por Cristo?... Y si sufres alguna enfermedad, ¿no te consuela la salud eterna que tienes en tu mayorazgo?... Y si dolor, ¿no miras al deleite perdurable de la gloria que disfrutarás?... Y si afrentas y vituperios, y bajeza de linaje, etc., ¿cómo olvidas el poder que te dio Dios para ser heredero suyo e hijo suyo?... Recuerda lo que escribe san Juan: *A cuantos le recibieron dióles poder de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre; los cuales han nacido no de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios* (Jn 1,12-13). Vino Dios al mundo, tal como él lo crió, y a su casa dotada de su Ley y de su fe: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron* (ibid. 11). Es decir, vino a Judea, en donde había conocimiento de Dios, y a los de su propia casa; pero los suyos, ¡oh vehemente conmiseración!, no lo recibieron. Recibir a Cristo es abrir con la penitencia nuestro corazón, saliéndole al encuentro con la fe, la esperanza y la caridad. Quiero que entiendas que no eres justo porque nació Cristo, ni porque creíste en él, sino cuando lo recibes imitando su vida y viviendo según la regla de la fe. Pues si así lo haces, ¿por qué te fatigas?... ¿Por qué te angustias y entristeces?... Considera el singular poder que te dejó, considera lo que esperas y lo que será de ti y de todos los que lo recibieron: *A cuantos le recibieron dióles poder de llegar a ser hijos de Dios*.

5.- ¡Oh rico tesoro y perdurable don del cielo, dado liberalmente por Dios, y jamás merecido por los hombres!... Dio poder para ser hijos de Dios, ¿a quiénes?... A todos cuantos lo recibiesen; pues una vez recibido y adoptado por hijo, ¡oh cristiano!, tu legítima y tu postura es el cielo. En este sentido afirma san Pablo: *Si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo* (Rm 8,17). Pues poder tan grande, ¿a quién lo dejas, Rey mío?... ¿Por ventura a los ricos, a los generosos, a los ilustres?... No. Pues, ¿a quién?... A todos, a ricos y pobres, a negros y a blancos, a todos cuantos lo quisieren recibir con verdadera fe y encendida caridad. No hay distinción, dice el divino Pablo, entre el judío y el griego, entre el rico y el pobre de linaje, ni entre razas y profesiones (cfr. ibid. 10,12). En la casa de Dios no hay acepción de personas entre las gentes de distintas naciones. El que sirve a Dios y lo teme, tiene poder para ser hijo suyo. ¡Oh casa digna de amor, casa donde todos caben! Mi corazón suspira por ti, olvidado de las poquedades de este mundo. Por eso escribe san Pablo: *Desnudaos del hombre viejo con sus acciones, y vestíos del nuevo, de aquel que por el conocimiento de la fe se renueva según la imagen del que lo crió, para el cual no hay distinción de gentil y judío, de circunciso y no circunciso, de bárbaro y escita, de esclavo y libre; sino que Cristo es todo y está en todos* (Col 3,9-11).

6.- Por esta casa suspiraba David cuando exclamaba: *¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y desfallece por estar en los atrios del Señor* (Sal 83,2-3). ¿Cuál es la razón de tan regaladas palabras y de tan enamorados deseos, real profeta David?... *Porque el pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos, y yo he hallado tus altares, oh Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío* (ibid. 4). Porque vuestra casa, Dios mío, es casa para todos. Ahora bien, siendo todos igualmente hombres, de los que no se puede decir cosa más vil que el ser hombres, siendo todos de una misma casta y de una misma cepa, habiendo nacido todos de un mismo Adán, y fraguados de un mismo lodo, ¿cómo se explica que quien tiene más menosprecio al que tiene menos, y que en su casa no hallen entrada sino los que son iguales a él por linaje?... ¡El pobre allí es desechado, y el enfermo enviado al hospital!... Pero en tu casa, soberano Rey, todos son admitidos, todos caben. Allí halla el gorrión un agujero en donde meterse, y la golondrina una plaza y un rincón donde criar sus hijuelos. Allí halla socorro el miserable y el que poco puede. Allí halla el acosado por el mundo una barrera do guarecerse. A todos das poderío por ser hijos tuyos. A todos los hombres les dejas en testamento tu sangre, y por igual los haces herederos de tu gloria, si te recibieren por la fe e imitaron tu vida, y además la mejora del Espíritu de tu alma a quien más se mejorare.

7.- Pues di, mi hermano, si Dios, tan sin envidia, te comunica el patrimonio de su gloria; si, siendo Cristo Unigénito del Padre, quiso tener tantos hermanos y compartir con todos ellos el tesoro que a solas gozaba y poseía, criando ángeles que lo gozasen, y criándote a ti, y adoptándote además con su muerte en esta vida para que lo gozases; si tan bien compartió contigo y con todos tales riquezas; dime, cruel, inhumano, y hombre desagradecido, ¿cómo te comportas tan mal con lo que él mismo te dio, no para que te alzases con ello, sino para que bien lo repartieses?... El hecho de no visitar a los enfermos, te lo pondrá Dios por causa legítima de tu condenación eterna, hermano mío, habiéndote afirmado él que era él mismo quien padecía en la persona de esos enfermos. Piensa que te pedirá una cuenta muy estrecha, pues no sólo no los visitabas, pero ni siquiera los curabas, lo cual era aún mucho más necesario. Piensa que obrando así, enviaste al mismo Jesucristo al hospital, y allí lo dejaste en una cama pobre, en una casa pobre, con una comida pobre, sin tener quien lo consuele ni sobrelleve su dolor. ¿Cómo cubres tu cama con brocados y con sedas, y dejas así abandonado a Jesucristo, que

te cubrió de carne, y te dio el ser y la hacienda que tienes, y el poder de ser hijo de Dios?... ¿No te da vergüenza cubrirlo con una jerga, sin tener con qué vencer el frío, ni templar el calor de su enfermedad?... ¿Cómo cubres tu cuerpo con damascos y carmesíes, y al santísimo cuerpo de aquél que cubrió la tierra con el cielo, lo cubres con a penas unos andrajos en una cama pobre?... ¿Cómo duermes con descanso, cómo comes con gusto y sabor, sabiendo muy bien que Jesucristo ayuna y vela en tantas pobres viudas y doncellas, en tantos huérfanos y huérfanas, no teniendo ni qué comer, ni en donde dormir, ni con qué cubrir su desnudez?... Hierro eres y guijarro, si tales necesidades no mueven tu obstinado corazón. Mas aguarda, aguarda, que día vendrá en que Dios mate ésta tu alma, si ahora no te mueve lo que a tantos aflige. Tu merecido sería que sobreviniesen sobre ti semejantes tormentas, que padecieses semejantes necesidades, pues tan poco te compadeces de los que las padecen.

8.- Consuela, pues, tu corazón, oh cristiano; consuélalo con la fe, ya que Jesucristo, hecho hombre, tiene firmada en su registro la escritura por la que recibirás el descanso que esperas y la herencia de la gloria, después de los trabajos de esta vida. La existencia de esa escritura la consigna san Mateo en su evangelio, y si quieres saber cuál es, entiende que consiste en haberse hecho hombre Jesucristo: *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*. Título es éste en el cual, como en una buena suma, se nos propone todo nuestro bien. En el lenguaje de los hebreos es costumbre, no sólo comenzar sus libros declarando desde el principio de lo que van a tratar, sino decirlo incluso con la primera frase del principio. Pues esto es lo que hace el glorioso evangelista san Mateo, aunque aquí nos refiere y cuenta, no sólo el dichoso nacimiento de nuestro Señor, sino también su gloriosa vida, su dolorosa muerte, y su maravillosa vida tras la muerte. Pero intitula su evangelio como: *Libro de la genealogía de Jesucristo*, para que entiendas que el principio de tu bien es precisamente la generación y el nacimiento de aquél, que tan costosamente libertó al linaje humano de la servidumbre de Satanás, del pecado y de la muerte. Así podrás entender que, si no fueres reengendrado en él, no te podrás salvar. En este sentido dijo Cristo a Nicodemo: *El que no naciere de nuevo del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios* (Jn 3,5). *Los cuales* —como dice san Juan— *han nacido no de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios* (ibid. 1,13). Pues esto mismo quiere significar san Mateo al comenzar su evangelio con las palabras: *Libro de la genealogía de Jesucristo*.

9.- Así como «libro» en este lugar significa catálogo, así «generación» o «genealogía» significa linaje, aunque en otros lugares se toma de otra manera. Permittedme una observación digna de toda consideración, que hacen los hebreos. El vocablo hebreo, que se traduce por «generación», antes del pecado se escribe con seis letras, pero después se escribe con cinco, como aparece en los capítulos 5 y 10 del Génesis, y adondequiera que luego se utiliza, para significar su corrupción. Sólo al final del libro de Rut (cfr. 4,18), en donde se da el catálogo de la casta de David, se torna a escribir con seis letras, para significar que de su linaje y casta había de venir uno que restituyese, a su antigua hermosura y integridad, la naturaleza humana, corrompida por el pecado. Este excelente varón de Dios, encarnado, es Jesucristo, cuya genealogía hoy nos propone el santo evangelio diciendo: *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*, mostrándonos así que era de la casa real de David y el Salvador prometido.

10.- Gran consuelo ha de ser para ti, cristiano, el que venga este Salvador soberano, como enviado de Dios, para que vivas y alcances la libertad que habías perdido por el pecado, para soldar con su sangre la quiebra de tu culpa, y para reparar con su generación la tuya: *Yo he venido* —declara él mismo—, *para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10,10). No pienses, cristiano, te dice Cristo, que vine para echar en vergüenza tus faltas con mis obras; no vine para quitarte la vida que tenías revocada con la muerte; sino que he venido para conservar la vida que tienes y para perfeccionar esa mezcla que posees de muerte y de vida. Con tan maravillosa fundición, que el fuego de la caridad consume, la muerte se desgasta y sólo se queda la vida purificada de toda culpa. Éste, pues, es el hombre de la genealogía recogida por san Mateo, cuya vida suplió la letra y perfección que faltaba a nuestra naturaleza por la culpa de Adán. Porque, como dijo Dios a Job: *¿Podrás tú solo pescar y sacar afuera con un anzuelo al cocodrilo y atar con una cuerda su lengua?* (Jb 40,20).

11.- *Hijo de David, hijo de Abraham*. Muchos se preguntan por qué precede David a Abraham en el orden de este catálogo, pues Abraham precedió en el tiempo a David. Los distintos autores responden a esta pregunta de muchas maneras, y todas son buenas. Pero quizás lo que mejor resuelve esta dificultad y nudo de la cuestión sea el texto griego que dice literalmente: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, el cual fue hijo de Abraham*. En este lugar, propiamente hablando, «hijo» es un idiotismo frecuentísimo entre los hebreos, y no designa al hijo natural, sino a la persona que viene de un linaje o de una casta. Con lo cual, el significado de nuestro texto, como decíamos, sería: *Genealogía de Jesucristo, hijo de David, el cual fue hijo de Abraham, quien engendró a Isaac*, etc. No obstante, quien conozca el lenguaje de aquel tiempo, tendrá menos dificultad para entender todo esto, porque «hijo de David» era una paráfrasis de Redentor y de Mesías. Claramente nos muestra esto san Mateo en muchos lugares de su evangelio. Por ejemplo, cuando Cristo curó a un endemoniado que era ciego y mudo (cfr. Mt 12,23); cuando sanó a la hija de la mujer cananea (cfr. ibid. 15,22); y cuando entró triunfante en Jerusalén (cfr. ibid. 21,9). Y es que Dios había prometido a Abraham, que de su linaje y casta nacería el Redentor (cfr. Gn 12,3; 15,4-5; 18,18 etc.), y la misma promesa se la hizo después a David (cfr. Sal 131,11). Pero como lo asentado sobre David era más fresco, por eso lo llamaban «hijo de David».

12.- La promesa hecha a Abraham la recuerda san Pablo, cuando dice: *Dios, en la Escritura, previniendo que había de justificar a los gentiles por medio de la fe, lo anunció de antemano a Abraham, diciendo: “En ti serán benditas todas las gentes”* (Ga 3,8). Y luego el mismo Apóstol añade: *Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición... Las promesas se hicieron a Abraham, y al descendiente de él. No dice: “Y a los descendientes”, como si fuesen muchos; sino como uno precisamente: “Y al descendiente de ti”, que es Cristo* (ibid. 13 y

16). Es decir, que a Abraham le prometió Dios que en un solo hombre de su linaje recibirían todos los hombres la bendición eterna; y ese único descendiente es Jesucristo, nuestro Señor, el cual fue sacrificado por nuestra maldición, y nos redimió y libertó de la Ley que maldecía a los transgresores, tomando a su cuenta, como dijo Isaías, nuestras transgresiones y pecados (cfr. Is 53,5). Él no entró en el convite, pero pagó por todos el coste. Él no fue maldito, pero pagó la pena de la maldición, para que nosotros, mediante su sangre, quedásemos benditos.

13.- Por otra parte, a David se le dijo que a un hombre de su linaje se le pondría sobre su trono, para que reinase perpetuamente después de su muerte, triunfando así sobre ésta: *Juró el Señor a David esta promesa que no retractará: "Colocaré sobre tu trono a un descendiente tuyo que reinará para siempre"* (Sal 131,11). Y también: *Cuando hayas terminado tus días e ido a descansar con tus padres, yo levantaré después de ti a un hijo tuyo, que nacerá de ti, y consolidaré su reino* (2 R 7,12). Este hijo de David no fue Salomón, como lo declara abiertamente san Pedro en aquel sermón que refiere san Lucas en el segundo capítulo de los Actos de los Apóstoles (cfr. Hch 2,29-32), sino Cristo nuestro Señor, fruto único y eterno de la Virgen Sacratísima, plantado por el Espíritu Santo en sus entrañas para alimento de las nuestras. Así, pues, cuando el santo evangelista dice: *Hijo de David, hijo de Abraham*, quiere que entendamos que a este divino varón, al cual jamás le faltaron ilustres obras y dignas hazañas de la persona del Mesías, tampoco le faltó una tierra donde nacer, pues nos señala que nació en Belén, ni tampoco le faltó linaje, pues nos indica que descendía de la real casa de David.

14.- La misma argumentación usó el Apóstol san Pablo en el capítulo primero de la carta a los Romanos para declarar la verdadera humanidad y divinidad de Jesucristo, diciendo: *Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación divina, escogido para predicar el Evangelio de Dios, que había prometido anteriormente por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, que le nació según la carne del linaje de David, y que fue predestinado Hijo de Dios con soberano poder* (Rm 1,1-4). Cuando escribe: *Que le nació según la carne del linaje de David*, no sobra la expresión «que le nació», esto es, a Dios, como algunos, con descuido, sintieron que sobraba. Pero no, no sobra, antes bien nos muestra que en esta obra soberana, en el nacimiento de Jesucristo, no se reconoce acción humana, sino que fue toda ella obra de Dios. Este lenguaje y manera de hablar es muy propio de la Sagrada Escritura, que a veces dice literalmente que un personaje «engendró a muchos». Por lo general, y con razón, los hijos se atribuyen a los padres porque nacieron para ellos, y porque ellos los engendraron. Pero en el caso de Jesucristo, aunque nació para nosotros, y vivió para nosotros, y murió para nosotros, no se dice hecho para nosotros, sino para Dios. Al expresarse así se nos quiere dar a entender que en esta obra tan divina, ninguna cosa puso hombre alguno de su casa. Sólo la materia supeditaron y proveyeron las purísimas entrañas de la Sacratísima Virgen María. Lo demás, lo efectuó el Espíritu Santo. Por eso, demostró ser Hijo de Dios mediante su resurrección; y demostró ser el verdadero Mesías mediante su linaje, junto con sus obras. Esta es la razón por la que el evangelista dice: *Hijo de David, hijo de Abraham*. Estos dos varones se nos proponen hoy, pues, como príncipes y cabezas de esta maravillosa casta. En el uno se nos encomienda la fe, en el otro la penitencia; y entrambos la suma misericordia de Dios y los extraños juicios de la divinidad, por cierto muy peregrinos y extranjeros a la prudencia de la carne.

15.- ¿Queréis, Señor, mostrarnos vuestra grandeza?... ¿Queréis darnos cuenta de vuestro linaje?... Pues mucho lo habéis disimulado, Señor, con David. ¿No os acordáis, Dios mío, que es a éste a quien sacaste de la majada de unos apriscos para darle un reino, y os fue tan ingrato y desconocido, que se vendió por una mujer casada, y dio orden de emborrachar a su marido y, porque ni siquiera con esto pudo vencer la fe de su leal caballero, Urías, añadió pecados a pecados, y dio la orden de que lo mataran, y, para que muriese el inocente Urías, ofreció además a otros muchos inocentes a la muerte, y a lo último se casó con la adúltera Bersabée?... (cfr. 2 R 11) ¿Qué diré además de éste, Señor, pues mediante su soberanía conducías a tu pueblo, y murió con pestilencia tanta gente e hizo aquella gran sinrazón a Mifiboset, hijo de Jonatás, que tanto le había querido?... (cfr. 2 R 21,8-9). Pero entonces, Señor, decidme: ¿en nombre de tantas afrentas fundáis vuestra honra, al reconoceros como hijo de David?... Pues sí, dice Dios, porque quiero que entiendas que sólo la penitencia y el reconocimiento del pecado, junto con el propósito de la enmienda en la que pusiste el dolor de lo pasado, restituye al pecador en la gracia y en la honra perdida.

16.- Para que en tus flaquezas no desmayes, ni en tus fuerzas presumas, has de saber, cristiano, que si David, hombre hecho según la voluntad de Dios, cayó en tanta miseria, ¿en qué no caerás tú, hecho a capricho del demonio y formado como hijo suyo?... Si a los que Dios tiene escogidos para el cielo, les deja tocar en tales bajos por sus pecados, a ti, que tus obras te tienen apresado para que vayas al infierno, ¿en qué hondonadas no te dejará caer?... Maravíllame cómo te sustentas pecador; espántome de ver cómo no has llegado ya a la cumbre del pecado, pues, como dice san Gregorio, el pecado que con penitencia no se quita, con su peso atrae a otro (NOTA: San Luis no indica el lugar de donde toma este pensamiento de SAN GREGORIO MAGNO), pues naciendo de los que aparecen como buenos no es mucho seguirlos e imitarlos. El Espíritu Santo te puso en la genealogía del Redentor muchos malos y pocos buenos, para que entiendas cómo de mucho mal supo sacar tanto bien, y, por tanto, que importa poco si tú quieres venir de buenos o de malos para ser malo o bueno. Mas para que entendieses que del pecador penitente y arrepentido se paga mucho Dios, comienza san Mateo su catálogo con David. De manera que si te pareciste a David en el pecado, parécete ahora en la enmienda, y si te pareciste a él en la culpa, parécete ahora en la pena.

17.- En Salmo 50, David reconoce la gran misericordia que Dios tuvo con él, a pesar de la gran gravedad y peso de sus pecados: *Ten piedad de mí, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia, y según la muchedumbre de tus piedades, borra del todo mi iniquidad* (Sal 50,3). Como si dijera: «Misericordia, Señor, he menester, porque si con ella no

me hubieras prevenido, perdido quedaría». Ahora bien, para tan grandes pecadores como somos nosotros, no basta cualquier misericordia del Señor. David lavaba con lágrimas continuamente su casa, llorando con grandes gemidos. ¡Ojalá llorases tú también tanto como ríes, tanto como te diviertes, tanto como descansas y vives con gran descuido y placer, como si no tuvieses que llorar!... David ayunó y se vistió de cilicio, y cubrió de ceniza su Real cabeza. Pues, ¿cómo te excedes tú tanto en el comer, y cómo vistes tan delicadamente?... David sufrió por Dios las injurias que se le ofrecieron. ¿Cómo no sufres tú, cómo no disimulas lo que se te ofrece?... Pues si quieres y deseas ser dotado por Dios y por la generación de su Hijo Jesucristo, menester es que le imites partiendo con los necesitados lo que tuvieses, como él partió contigo los tesoros de su gracia, destruyendo en tí con la penitencia la maldición de la culpa, para que así merezcas alcanzar la bendición de la gloria, *a la cual nos conduzca nuestro Señor Jesucristo. Amén.*